

Teología de bolsillo
Merienda-cena de un jueves
Juan Ignacio Vara



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

En temas religiosos, como en todos los humanos, los signos no significan de la misma manera para todos. Es lo que sucede con los días de la Semana Santa. Para mí, el jueves es más decidor. Me gusta recogerme con el evangelio de Juan, que saca la cena del contexto de la celebración pascual y, por lo mismo, es menos ritual. Me acercan al misterio que hay en Jesús los textos que van y vienen al amor y desde el amor, cuando el Maestro pide a su Padre que los suyos sean uno, porque es la única manera de que los demás crean que él ha sido enviado a que la historia humana no se muera de frío.

Puedo imaginarme en aquella reunión en la que Pedro se negaba a que le laven los pies porque para algo estaban las jerarquías y él creía en las jerarquías. Y Jesús, dale que dale, a ver si se enteran de que la cosa es al revés: que el que hace de Jefe tiene que servir a quienes, por lo que sea, andan más lentos o más asustados o más dubitantes. Todos están asombrados de lo que ven y de que el Maestro, cosa rara en él, esté de palabra fácil, lenta pero seguida, reiterando que se va a ir pero que regresará. Y, una vez más, concreta su “programa”: quereos unos a otros. Si entre vosotros no hay amor y solo ritos, ¿qué esperáis que haga mi padre con vuestras liturgias vacías?

Yo sé lo que pasó, hace dos mil años, con mi Jesús del Jueves Santo. Y quiero pensar que, como posibilidad, ya estaba sobre la mesa de la cena, que resultó de despedida. Porque había venido a decirnos que Dios es un Padre que nos quiere, no echó a correr cuando llegaron los de las leyes y los templos. Bebería un cáliz que ya nos había dejado para que calentara nuestras propias venas. Y es que su muerte, leída desde la tarde del jueves, tiene un rico aroma de pan.